



Revista del CESLA

ISSN: 1641-4713

bebereza@uw.edu.pl

Uniwersytet Warszawski

Polonia

ÓRZHYTSKYI, Ígor

Geografismo literario: en pos de la identidad (el Mar de Bolivia y el Equinoccio del Ecuador)

Revista del CESLA, vol. 2, núm. 13, 2010, pp. 419-432

Uniwersytet Warszawski

Varsovia, Polonia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=243316493004>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

GEOGRAFISMO LITERARIO: EN POS DE LA IDENTIDAD
(EL MAR DE BOLIVIA Y EL EQUINOCCIO DEL ECUADOR)
Literary Geography: in Pursuit of Identity
(The Sea of Bolivia and Ecuadorian Equinox)

Ígor ÓRZHYTSKYI¹

Fecha de recepción: abril del 2010

Fecha de aceptación y versión final: octubre del 2010

RESUMEN: La filosofía ecuatoriana emprende indagación de la identidad nacional en los 40. del s. XX con estudios de P. Jaramillo Alvarado, L. Benites Vinueza. La literatura retoma la idea de P. Jaramillo sobre la incongruencia del nombre oficial del país. Este motivo se metaforizará en la obra de J. E. Adoum, A. Barrera Valverde, N. Estupiñan Bass determinando el discurso identitario. En función de contrapeso filosófico y artístico a tal cuestionamiento de la autodenominación aparece la enfatización de la ubicación “céntrica” del Ecuador en el globo, originando mitologemas paradisiacos en la poesía de J. Carrera Andrade. En Bolivia, su trauma nacional llevó a que la argumentación científica de J. Mendoza acerca del mar como parte inseparable de la geología boliviana se tradujera en imágenes poéticas y filosofía de los “místicos de la tierra”. El mar deviene fundamento para metaforizar ideas de toda índole. Se consustancian mar y sierra (en la obra de O. Cerruto y P. Castrillo) y hasta la poesía intimista recurre a la metáfora del mar. Así se patentiza cómo la geopoética determina una cultura que está progresando en su autorreflexión.

Palabras clave: Ecuador, Bolivia, geopoética, identidad, geografía.

ABSTRACT: Philosophy undertakes investigation of the Ecuadorian national identity in the 40s of the twentieth century when appear the studies of P. Jaramillo Alvarado, L. Benites Vinueza. The literature takes up the idea of P. Jaramillo on the incongruity of the country's official name. This motif is metaphorized in the work of J. E. Adoum, A. Barrera Valverde, N. Estupiñan Bass determining the identity discourse. In terms of artistic and philosophical counterweight to this question appears self-designation of the centric location of Ecuador on the globe, causing some paradisiacal mythologems in the poetry of J. Carrera Andrade. In Bolivia, due to the national trauma of the lost sea, J. Mendoza's scientific arguments about the sea as an inseparable part of Bolivian geology translated into poetic imagery and philosophy of the “mystics of the earth”. The sea metaphorically becomes the basis for ideas of all kinds. Are consubstantial sea and mountains are identified with each other (in the work of O. Cerruto and P. Castrillo) and even intimate poetry uses the metaphor of the sea. So, it becomes evident how the geopoetics determines a culture that is progressing in its self-reflection.

Keywords: Ecuador, Bolivia, geopoetics, identity, geography.

¹ Dr. Ígor Órzhyskyi – Catedrático del Departamento de la Literatura Mundial de la Universidad Nacional Pedagógica “Grigóriy Skovorodá” de Járkiv, Ucrania.

La geografía es mucho más cercana a la literatura de lo que se podría imaginar al tomar en cuenta solo la descripción de paisajes o género literario tal como la novela de viajes. La geografía se convierte en la base ideológica y/o existencial de un texto que aspira a interpretar lo peculiar de la razón de ser de una nación, como lo hicieron los protagonistas de la Generación de 1898 española, lo cual se dejó ver hasta en la lírica; basta con recordar *Los campos de Castilla* de Antonio Machado.

La geografía incluso deviene en fundamento de subconsciencia estética de una nación y origina geografismo figurativo, o la geopoética, retomando el término de Kenneth White. Entonces, la trama, el comportamiento de los protagonistas, los conflictos psicológicos, el propio estilo llegan a ser determinados por ella. Una de las más asendreadas tendencias de la lingüística moderna es investigar la imagen lingüística del mundo, y se sabe bien que el medio geográfico es un factor decisivo en la formación del imaginario: ejemplos con las veinte denominaciones para la nieve en la lengua esquimal, o con los ochenta matices del color rojo en la lengua de los navajos norteamericanos, o también, la ausencia del lexema mar en la de los yaquis mexicanos, ya son triviales. Asimismo podríamos hablar de una imagen literaria del mundo y sería de mucho interés ver cómo la subconsciencia artística nacida y desarrollada dentro de cierto ambiente geográfico se exterioriza en un texto.

Siguiendo los pasos de Fernando Ainsa, quien de manera muy fructífera sintetizó las propuestas filológicas, estéticas y filosóficas desde Wilhelm Humboldt, a través de Martin Heidegger hasta Gaston Bachelard, procuraré especificar cómo dos particularidades geográficas del Ecuador y de Bolivia determinaron, por una parte, la imaginería de la autopercepción nacional, y, por otra, algunos recursos poéticos líricos, hasta intimistas. Explicitaré, así, algunos rasgos del geografismo literario latinoamericano, siempre tratando de corroborar mis deducciones con citas probatorias.

Cuando se imagina Bolivia desde el exterior y el que piensa es un simpatizante quien conoce algunos tópicos, se la asocia, seguro, con lo más resaltante: metales y diablos en el subterráneo, llamas y la Puerta del Sol en la superficie, cumbres nevadas y cóndores por arriba de todo. Y se llega a pensar que ésta es la esencia de lo boliviano. Sin embargo, si se piensa en Bolivia desde el interior – y la literatura de una nación es su interior espiritual – se llega a deducir que incluso algo más inherente es lo que Bolivia no posee: es el Mar. “Yo no quiero pasar por la historia. Yo quiero pasar por la Zona del Canal” – dijo alguna vez el gran panameño, general Omar Torrijos. Y pasó por los dos. Ninguno de los políticos bolivianos todavía no ha tenido tanta suerte, por lo cual el Mar, convertido en una idea nacional, un sueño nacional (*bolivian dream*), un trauma nacional, en la total aspiración de toda la nación, se sublimó por medio del arte literario y vino a ser motivo poético primordial que determina hasta el timbre de la lírica. Paradójicamente, la literatura boliviana parece una de las más “marítimas”, siendo el mar uno de los ejes de la cosmovisión poética boliviana. Así es cómo, retomando la retórica de Kenneth White, la geopolítica se convierte en geopoética. A lo mejor, los bolivianos, con más razón aún y con más literalidad, podrían hacer suyos los famosísimos versos de Jorge Manrique:

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar
que es el morir.

Tal vez, fue Emeterio Villamil de Rada, brillante universitario que planteó la idea de la génesis humana desde los Andes viendo en el idioma aymara la lengua de Adán, quien prefigurara la metafórica postura artística boliviana ante la futura pérdida del mar. En 1880, el segundo año de la Guerra del Pacífico, él se suicida ahogándose en el mar cerca de Río de Janeiro.

Franz Tamayo, según la preceptiva modernista de buscar lo propio en lo ajeno, alambica la tragedia nacional creando el poema dramático *La Prometheida o las Oceánides* (1917) donde la Oceánide Psyché (que ha de ser interpretada como alegoría del mar) ansía volver a ver a Prometeo encadenado (que es la montañosa Bolivia). Nadie le puede ayudar a la Oceánide – ni Ares (guerra), ni Apolo (arte), ni Athena (sabiduría), y Psyché se muere al pie de la montaña en el preciso momento de proyectarse sobre la roca la sombra del titano. Tamayo como si previera los futuros vanos intentos de recuperar el litoral, expresa a la vez una vaga esperanza y enfatiza la unión del mar y de la sierra.

Esta idea sería retomada por Jaime Mendoza quien la formularía de manera científica en el libro *El Macizo Andino* (1935), dando sustento geológico a su filosofar acerca de la gravitación natural del litoral perdido hacia el Macizo Boliviano y de la integración nacional y geográfica de Bolivia. Mendoza llega a conclusiones optimistas aun respecto a los desastres nacionales:

No hay por qué desesperar; a Bolivia también le llegará su hora. La hora del progreso biológico, de la expansión natural, de la hegemonía incontrastable. Bolivia volverá a su mar, y esa evolución no será sino una reconstrucción. La naturaleza hace su obra².

El libro de Mendoza aparece en 1935, año de la derrota en la Guerra del Chaco, dando aliento con su contenido en medio de una desesperación total. Este mismo año aparece *Aluvión de fuego* de Óscar Cerruto, una de las mejores novelas de la Guerra del Chaco. La nueva derrota se le asocia al autor con el más sensible trauma nacional, la pérdida del mar. Leemos en un diálogo: “Si tuviéramos mar, sería otra cosa, che. – Tal vez lo perderíamos nuevamente”. Según opinan los hablantes:

Bolivia es un país que padece de complejo de inferioridad. – Pero eso mismo es culpa de la situación del territorio, embotellado como está entre las montañas, cerradas las ventanas de que se usan los demás países como los pulmones para respirar, para saturarse de la civilización. (...) La influencia espiritual del mar es de una trascendencia que no hemos considerado aún con toda la detención. Así como el clima de la costa influye en las glándulas endocrinas de los niños y facilita su desarrollo físico

² Citado en Fernando Diez de Medina, *Literatura boliviana*, Madrid, 1959, p. 270.

y su agilidad mental, así también el clima moral del mar abre las poras del espíritu, procura la ventilación de la inteligencia y la mantiene vigilante y llena de salud³.

Sin embargo, sintonizando con el acento, puesto por J. Mendoza sobre lo primordial del Macizo Andino para Bolivia, se afirma también:

Las grandes culturas jamás han florecido a la orilla del mar. El hombre de costa es un hombre generalmente superficial, muelle, sin hondura filosófica. El hombre de la sierra, en cambio (...) es hombre introvertido, hombre de pensamiento; la molición de la costa se trueca para él en acción. El hombre de las alturas es creador; el de la costa y los valles, contemplativo. Pero todo esto no significa que la saludable influencia del mar en los pueblos de costa y montaña carezca de fuerza decisiva. El mar es vehículo de civilización y sus brisas salinas hacen fecundar los granos en potencia que no hay en la atmósfera de la montaña⁴.

Como se ve, la tendencia científicista se acusa a nivel retórico sin pasar a ser todavía base del imaginario poético. Paulatinamente, el mar irá penetrando en la hondura del subconsciente artístico nacional induciendo a Fernando Diez de Medina a interpretar el paisaje andino en la filosofía poética de su *Nayjama: Introducción a la mitología andina* (1950) como resultado de una lucha milenaria de los demiurgos de la tierra y del mar, en la que el del mar había sido vencido sólo reservándose un rastro honorífico, que es el lago de Titicaca, y así la sierra se imagina como “el mar petrificado del altiplano”⁵.

Posteriormente, en la poesía de Oscar Cerruto el mar se tiñe de matices trágicos y connotación negativa debidos a la presencia de su ausencia, tal como leemos en su *Cantar* (1957):

Mi patria tiene montañas,
no mar.
Olas de trigo y trigales,
no mar.
Espuma azul de pinares,
no mar.
Cielos de esmalte fundido,
no mar.
Y el coro ronco del viento
sin mar⁶.

³ Oscar Cerruto, *Aluvión de fuego*, Santiago de Chile, 1935, p. 70.

⁴ *Ibidem*, p. 71.

⁵ Fernando Diez de Medina, *Nayjama: Introducción a la mitología andina*, Madrid, 1974, pp. 145, 175.

⁶ Oscar Cerruto, *Poesía*, Madrid, 1985, p. 40.

El contenido de la poesía se refuerza con su fonética, pues los dos últimos renglones, donde la idea de la ausencia del mar ya no se separa por coma, uniéndose sólidamente por medio de la rotunda preposición *sin*, contrastan con los anteriores en los que la vocal *a* de la palabra *mar* siempre tiene correspondencia en el renglón largo, mientras que en los últimos dicha correspondencia ausenta.

En el verso *Los dioses oriundos* (1958) el poeta ve el comienzo de la desintegración y humillación del país en los conquistadores que habían llegado del mar, por tanto el mar viene determinando los padecimientos bolivianos desde hace tiempo:

Relámpagos del mar acuchillan las costas
y las naves
en la arena vomitan
sus aguas de codicia.
Oíd, aún se oye, el infinito
galope de los cascos...⁷.

Después de Oscar Cerruto, la idea de la recuperación del mar se hace indispensable en toda poesía de orientación social, aunque la tonalidad trágica no sea siempre determinante. Primo Castrillo, quien desde sus 21 años vivió en Estados Unidos y volvió a ver la patria sólo cuando tuvo 73, no pierde la tan boliviana sensación del mar. Siguiendo rumbos filosóficos de la “mística de la tierra” de J. Mendoza y A. Diez de Medina, sólo que con medios poéticos, él afirma la consustancialidad del mar y la montaña, elogiando la cumbre Illampu en el verso homónimo:

El Illampu lleva en su torso
la pulsación del valle
en su esfuerzo de ser astro
y la canción del mar
en su esfuerzo de ser montaña⁸.

El mar está pensado por el poeta como la parte más relevante de la esencia boliviana, exteriorizada poco menos que a nivel de la memoria genética en la poesía *Confesión*:

¡Mira! los huesos
crecen, se yerguen
se identifican unos a otros <...>
y en apretadas columnas
avanzan por todos los caminos
y casi por instinto

⁷ de: www.elpoemaseminal.lupaprotestante.es/volumenes/eps61-80-n.pdf, p. 143.

⁸ Primo Castrillo, *Poesía es experiencia*, La Paz, 1970, p. 16.

toman las vías que conducen al mar <...>
Van hacia el mar <...>
su lugar de origen
su cuna y sargazo maternal
zumo y esencia de su razón de ser⁹.

El mar se relaciona con lo anatómico, la sangre esta vez, también en *Ánfora de signos* (1988) de Guillermo Riveros Tejada que inquiere sobre el precio que debe pagar el torturado país por la salida de su reclusión geopolítica:

¡Decidme celadores del mar!
¿qué precio es el correcto que debemos pagar
por volver a lo nuestro,
por salvar del naufragio nuestros sueños?
¿Qué precio es el correcto?
Cuánto cuesta el velero
que nos saque del tedio
que produce en el alma
todo este enclaustramiento.
¡Decidme celadores del mar!
¡cartógrafos del viento!
si Neruda o Huidobro estarían contentos
escuchando los gritos que produce el silencio
de una sangre que lleva
su silencio por dentro¹⁰.

La imagen del mar ausente es asimismo indispensable para repensar consecuencias psicológicas de la emigración masiva del país, como lo hace Eduardo Mitre en *Razón ardiente* (1982) incluido en su poemario *El peregrino y la ausencia* (1988):

Familias arrojadas
a las playas del exilio
las únicas que siempre tuvimos
nos falta mar interior¹¹.

Éstas han sido referencias sociales. No obstante, el concepto del mar, sentido a la boliviana, penetró tan hondo en la conciencia artística que llegó a generar metáforas que no se relacionan directamente con la política e historia. Eso no quiere decir que la poesía boliviana diverja en todo de la tradición mundial de la recreación poética del mar, no lo hace tampoco Yolanda Bedregal, en sus tan marítimamente intuitivas

⁹ Ibidem, 24.

¹⁰ Citado en *Signo*, La Paz, 1988, No. 24, p. 58.

¹¹ Eduardo Mitre, *El peregrino y la ausencia*, Madrid, 1988, p. 71.

lados libros y versos *Naufragio* (1936), *Poemar* (1937), *Del mar y la ceniza* (1957), *Pleamar*, *Resaca*, que son, por lo general, alejados de temas sociales. Pero es muy notoria y significativa la abundancia de poemas, relacionados con el mar y el sinfín de lexemas marinos en una poetisa que proviene de un país que carece del litoral. Yolanda Bedregal, como si siguiera los preceptos de la “mística de la tierra”, también consustancia el mar y la tierra firme: “Yo he crecido en el mar / sobre una ola que se alargó / para volverse tallo”, o también: “Miraba yo la pampa inmensa, soñando con el mar”¹², y sólo una boliviana puede desafiar al mar con caer en él de “geológica amenaza” (en el verso *Imprecación*)¹³.

El mar puede también adquirir un tenor infernal algo surrealista en el trágico poeta suicida Edmundo Camargo (1936–1964). Su mar, de la poesía homónima, abunda en léxico metálico: “el mar curva sus barrotos de hierro / sobre un pájaro muerto”, “los hierros gangrenosos”, “escuderos de hierro enmohecido”. Su mar llega a ser símbolo de descomposición y pérdida:

el mar combate en oficio corrosivo
arroja a la arena sus badajos sucios
carabelas tatuadas por los viejos
alquitranes del alba
pero en lo interno tiembla mujer arrodillada
y sueña ser el agua que hundió
allá en la infancia el barco de papel¹⁴.

¿Puede ser que sea ésta una visión surrealista de un poeta hondamente sensitivo? Se podría responder positivamente a esta cuestión abstrayéndose de las circunstancias bolivianas, particularmente, si se tiene presente la voz poética de A. Rimbaud. Pero cotejemos los renglones de Camargo con versos los citados arriba de Cerruto: “Relámpagos del mar acuchillan las costas / y las naves / en la arena vomitan / sus aguas de codicia”: ¿acaso no parecen ser escritos por la misma mano?, asimismo como una mujer soñando con el mar aparece en Camargo y Yolanda Bedregal. Por tanto, si consideramos a E. Camargo dentro del contexto boliviano, su percepción se presenta como una expresión íntima y extremadamente trágica del trauma nacional.

¿Es curable? En 1974 fue editada una corta novela alegórica de Gastón Suárez intitulada *Mallko*. Su protagonista es un cóndor que quedó huérfano siendo pichón; después iría creciendo, adquiriría experiencia, encontraría a su pareja. El autor no deja de acentuar un ansia de algo sin límite que posee su personaje. Al final del texto aparece por primera vez la palabra “occidente”: el cóndor vuela hacia el occi-

¹² <http://amediavoz.com/bedregal.htm>.

¹³ Yolanda Bedregal, *Antología de la poesía boliviana*, La Paz; Cochabamba, 1977, p. 386.

¹⁴ Citado en *Revista Iberoamericana*, 1986, No. 134, pp. 161-163.

dente, cae en manos de unos indígenas que lo necesitan para su *yawar-fiesta*, vence al toro, símbolo de España, y lo dejan libre al haberle rendido adoración como a una deidad. El cóndor sigue volando más al occidente, sintiendo “esa fuerza misteriosa, ineluctable, que lo llevaba a *buscar*, sin desmayos, quién sabe qué beatífica *identificación o plenitud de su ser* [las cursivas – Í.Ó.]”¹⁵, y viene a hallarse encima del océano. Está aturrido y encantado por el elemento desenfrenado, más atrayente. El cóndor logró escaparse de la tormenta y “siguió volando, pero nunca supo si retornaba a su mundo o se alejaba, aún más, en el empíreo”¹⁶. Entretanto en su nido va creciendo un pollo, que al igual que su padre se llama Mallko, en aymara “cóndor”.

El Ecuador vio aparecer su primera interpretación historiosófica bastante tarde con relación a otros países latinoamericanos – a mediados del siglo XX. Julio Enrique Moreno, publicando en 1940 su ensayo *El sentido histórico y la cultura: para una sociología ecuatoriana*, hace conclusiones bastante pesimistas y de sabor determinista, acerca de las perspectivas de la nación. “Lo que se siente a través de nuestras agitaciones públicas, no es la soberanía del pueblo base de la democracia: es la soberanía de la iglesia”, ante todo “la tiranía religiosa y eclesiástica”;

Hay un dislocamiento originario por conjunción de limitaciones raciales nativas. No puede esperarse que las peculiaridades de aquellas existencias discordes lleven a otro clima vital que el francamente neurótico. Es neurótico el blanco y es neurótico el indio,

lo cual se deduce de algunos rasgos negativos que poseyeron tanto los españoles, como los incas;

De aquí la consubstancial incapacidad de las gentes y del pueblo para toda la disciplina, al propio tiempo que tendemos a las soluciones definitivas. (...) la atmósfera psíquica general que respiramos es la de una neurosis colectiva¹⁷.

El mismo año, como por milagro coincidiendo casi en palabras y completamente, en la tonalidad, una idéntica actitud se enfatiza en una de las novelas ecuatorianas básicas, *El Cojo Navarrete* de Enrique Terán, sólo que con un matiz geográfico, muy importante para nuestro discurso:

(...) en esta gran casa geográfica, casa de equinoccios, que siente el sol por el vértice de nuestra carne [las cursivas – Í.Ó.] y que no ha podido curar el cáncer del misticismo, contagiado en las negras bóvedas coloniales, hay grandes secciones de paralíticos; de locos está llena; de maniáticos, con la tema de la grandeza; una grandeza sin esfuerzos, el único esfuerzo es el de la propia opinión, que hace de nosotros el país de las ‘tristes figuras’ (...). Hay secciones de ‘niños de las escobas’, que juegan a la guerra, al exterminio,

¹⁵ Gastón Suárez, *Mallko*, La Paz, 1974, p. 82.

¹⁶ *Ibidem*, p. 97.

¹⁷ Julio Enrique Moreno, *Pensamiento filosófico social*, Quito, 1985, pp. 237, pp. 239-240.

por lucir el valor y esclavizar a otros hombres. Hay asilos de ancianos, de cretinos, de fósiles, en los altos puestos públicos de este manicomio que tiene una bandera y un Cristo (...)¹⁸.

El año 1941, a raíz de la guerra contra el Perú, el Ecuador pierde un 40% de su territorio y vive la catarsis consecutiva. Será necesaria una recuperación moral e historiosófica. La propone, de manera algo extraordinaria, en el libro *La nación quiteña* (1947) el sociólogo Pío Jaramillo Alvarado que en otro libro suyo, *El indio ecuatoriano* (1922), anticipara algunas ideas de los famosos *Siete ensayos de la interpretación de la realidad peruana* de José Carlos Mariátegui. Para el Ecuador, un país con numerosa población quechuahablante, había sido natural buscar la base de su orgullo histórico en el período incaico. Pero ¿cómo distinguirse, en tal caso, de los peruanos, monopolistas en cierta medida de la historia incaica? Qué felices son los bolivianos teniendo su población aymara además de la quechua y la cultura Tiahuanacu, más antigua aún de la de los incas.

P. Jaramillo Alvarado encuentra la peculiaridad ecuatoriana en lo que había sido una de las causas de la destrucción del Imperio Incaico – en el conflicto entre Quito y Cuzco. Los incas habían conquistado el territorio del Ecuador contemporáneo recién a fines del siglo XV y su dominio duró unos 50 años “un episodio insignificante”, como dice el autor¹⁹. Y el matrimonio del último Inca prehispánico Huaina Capaq con una princesa quiteña lo considera el investigador como una maniobra diplomática de los partidarios de la independencia del antiguo reino Quito. La propia guerra del hijo de este casamiento, Atahualpa, con su hermano carnal Huáscar fue, según P. Jaramillo Alvarado, una guerra por la liberación de Quito del poder de Cuzco, terminada por el sometimiento de éste a aquél.

Jaramillo Alvarado pone de relieve la originalidad de la cultura indígena local que no había sido aportada por los incas “civilizadores”, sino era propia del reino Quito. Aún más, en contra de la mayoría de los lingüistas, él apoya la teoría de Johann Jakob von Tschudi, quien afirmaba que el idioma quechua había comenzado su expansión desde el norte, por lo cual el núcleo de la cultura quechua no es Cuzco, sino Quito. De ahí se deduce que el nombre legítimo del Ecuador debería ser la República Quito. Pues con el nombre actual – es un país “sin nombre”, eso equivale a llamarse “Amplitud” o “Meridiano”, es una denominación geodésica. A un país con tal nombre lo confunden con el Congo Belga que también está situado en la línea equinoccial²⁰. En la antigua cultura andina, Quito se percibía como el paso entre el Norte y el Sur del continente, significando Q'itu en aymara “lugar de paso”²¹.

¹⁸ Enrique Terán, *El Cojo Navarrete*, Quito, 1940, p. 157.

¹⁹ Pío Jaramillo Alvarado, *La nación quiteña: Perfil biográfico de una cultura*, Quito, 1958, pp. 132-133.

²⁰ *Ibidem*, pp. 9-10, 15-16.

²¹ Jorge Miranda Luizaga, “Cosmología y numerología andina: una interpretación del génesis

Tres años más tarde, en 1950, apareció otro libro historiosófico – *El Ecuador: drama y paradoja* de Leopoldo Benites Vinuesa que apoya la tesis de P. Jaramillo Alvarado sobre el nombre “Quito” como más apropiado para el país, pero este autor en su busca de raíces evoca un período más remoto aún – él menciona al “hombre de Punín”, o sea los restos pleistocénicos hallados en la hondonada de Punín.

Ambos libros dieron inicio a una paradójica negación del nombre del Estado en la literatura ecuatoriana. A lo mejor, el primero en hacerlo en la poesía fue Jorge Enrique Adoum. Procedente de una familia de origen libanés, el poeta supo expresar en una manera poética original las constantes principales del pensamiento artístico ecuatoriano. Su emigración por motivos políticos determinó una percepción profunda de la esencia de la patria y de su “yo” nacional en el poemario *Yo me fui con tu nombre por la tierra* (1964). En el verso homónimo, el poeta se aflige por el hecho de que nadie sepa de su país: “Nadie sabe en dónde queda mi país, lo buscan entristeciéndose de miopía”²². Este tema figura incluso en las poesías íntimas como en *La muchacha de Tokio*: “Me preguntó si mi país quedaba en África”²³; y suena más sarcásticamente en un corto poema llamado *Geografía* (las dos poesías son del libro *Informe personal sobre la situación*, 1973), donde el autor dice del monumento erigido en la línea equinoccial:

Es un país irreal limitado por sí mismo,
partido por una línea imaginaria
y no obstante cavada en el cemento al pie de la pirámide.
Si no, cómo podría la extranjera retratarse
piernabierta sobre mi patria como sobre un espejo,
la línea justo bajo el sexo
y al reverso: “Greeting from la mitad del mundo”²⁴.

En 1971 apareció la novela *Dos muertes en una vida* de Alfonso Barrera Valverde, diplomático profesional que en algún período fue ministro de asuntos exteriores. Su prosa resalta por un realismo lírico sobre el fondo general algo crudo y tendencioso de la narrativa ecuatoriana del siglo XX. El protagonista Juan Piedra también considera erróneo el nombre oficial del país:

Fue en esta temporada cuando defendió su teoría del nombre equivocado de la Patria. – No debería llamarse Ecuador. Por qué no Quito, como la conocían los primeros habitantes, por qué no Tierra Verde, como la llamaron los primeros cronistas²⁵.

arcaico andino” en *Memorias del VI Congreso de la FIEALC. Foro 3: Pensamiento ibero y latinoamericano: su percepción en la Europa no-ibera y perspectivas*, Warszawa, 1995, p. 71.

²² Jorge Enrique Adoum, *Informe personal sobre la situación*, La Habana, 1975, p. 115.

²³ *Ibidem*, p. 152.

²⁴ *Ibid.*, p. 133.

²⁵ Alfonso Barrera Valverde, *Dos muertes en una vida*, Buenos Aires, 1971, pp. 79-80.

Pero A. Barrera Valverde es un prosista lírico. Para él la línea ecuatorial queda símbolo positivo del Ecuador: a su personaje su tierra le “gusta sobre todo porque se puede recorrer con pies desnudos la línea equinoccial o colgarse de ella para bajar a palmadas de las montañas a la selva”²⁶. Dicha línea se asocia así con el mitologema de la sogá que une el mundo de arriba y el de abajo.

Más agudo es Iván Egúez que en su novela *La Linares* (1976) describe la vida del Ecuador en los años 30. y 40., narrando el destino de una bien pagada mujer de vida alegre. La novela tampoco queda sin la mención del “país sentado en el ombligo del mundo y en el cual según los termómetros de la paciencia no pasa nada a más de la línea equinoccial”²⁷. Damos también con el conocido episodio de una broma inventada en la radio, cuando un locutor empezó a leer una adaptación criolla de la novela de Herbert Wells *La guerra de los mundos* sin aviso previo, haciendo que el texto sembrara pánico: “Parece que la posición geográfica de nuestro país en el globo terrestre ha determinado, junto a la débil preparación de nuestro ejército, el que hayamos sido escogidos por estos seres extraños como punto de aterrizaje”²⁸.

Y una verdadera catástrofe sucederá en la novela de Nelson Estupiñan Bass *Bajo el cielo nublado* (1981). El autor supo aunar el tema negrista con una interpretación filosófica de la vida de Esmeraldas, su provincia natal, en que se reflejan los problemas de todo el país. Es un cuadro de la decadencia social y moral del Ecuador entrado en la época industrial. El libro tiene un fuerte dejo simbólico-mitológico y está saturado de presentimientos lúgubres. En el prólogo a la primera parte aparece Dios que “volvió a la Mitad del Mundo, al distrito que después equivocadamente dieron en llamar País del Ecuador”²⁹ y previene del castigo eventual que, en efecto, se realizaría en la segunda parte.

Así es evidente que la situación geográfica del país y su nombre son la médula de la conciencia nacional ecuatoriana. Por un lado, nos encontramos con un fenómeno raro de negación del nombre de su país, lo que es un caso extremo de una conciencia nacional en vías de formación; la búsqueda de la identidad en el Ecuador es, tal vez, aún más penosa que en otros países, análogos por su estructura étnica (los llamados “países indios”). No obstante, negando su nombre “geodésico”, los ecuatorianos sienten muy agudamente la disposición “central” de la patria. Y tienen razón al decir “ombligo del mundo”, “mitad del mundo”, pues en el globo terrestre sólo hay diez países, donde pasa la línea equinoccial.

Esa idea de la “centralidad” del país se nos hará más evidente, si consideramos el uso constante de algunos mitologemas correlativos con la noción del paraíso. El ejemplo más demostrativo es la poesía de Jorge Carrera Andrade, quizás, el único

²⁶ *Ibidem.*, pp. 75-76.

²⁷ Iván Egúez, *La Linares*, La Habana, 1982, p. 43.

²⁸ *Ibidem.*, p. 15.

²⁹ Nelson Estupiñan Bass, *Bajo el cielo nublado*, Quito, 1981, p. 63.

poeta ecuatoriano que se haya granjeado estimación fuera de los límites del mundo hispánico. J. Carrera Andrade fue, creo, uno de los pocos literatos que no cuestionaba el nombre de su país y, probablemente, por haber pasado la mayor parte de su vida en el extranjero como diplomático, se destacaba por una visión armónica de su patria, así que leemos en *Alabanza del Ecuador*:

Ecuador, mí país, esmeralda del mundo
incrustada en el aro equinoccial.
(...) Quiero besar todo tu cuerpo verde³⁰.

Son muchos los motivos bíblicos en la poesía de J. Carrera Andrade que relacionan el país con el paraíso: el diluvio, Moisés, la génesis:

Estación del maíz salvado de las aguas.
La mazorca, Moisés vegetal, en el río
iba a lavar su estirpe fundadora de pueblos <...>
Yo, primer hombre, erraba entre las flores <...>
En el cielo fluía el Amazonas
con ribereñas selvas de horizonte.
(*Familia de la noche*, 360-361)
Yo hablo con el maíz y el guacamayo
que conocen la historia del diluvio
cuyo recuerdo nubla la frente de los ríos.
(*Llave del fuego*, 354)

Y este guacamayo, el símbolo verdadero y verde del Ecuador, se le asocia a Carrera Andrade con Dios mismo:

Todo es fulgor,
promesa y paraíso. <...>
Huésped del árbol y de la morada
sapiente guacamayo
con silabario vegetal afirmas
tu alianza con el mundo de los hombres.
(*Teoría del Guacamayo*, 457)

Es notoria también la constancia del uso del color verde en Carrera Andrade y otros escritores que no dejan de llamar al Ecuador “país verde”, “aldea verde”, “país de esmeraldas”, etc. Parece que el río Esmeraldas, que da su nombre a la homónima provincia, sea el único gran río latinoamericano con tal nombre. El río

³⁰ Jorge Carrera Andrade, *Obra poética completa*, Quito, 1976, p. 415. Otras citas de de Carrera Andrade corresponderán a esta edición, indicándose el número de la página directamente en el texto.

más conocido del país – Guayas, que figura incluso en el Escudo del Estado – también tiene aguas verdes. Realmente, el verde es el color emblemático del país. Y no olvidemos que, desatendiendo el blanco y el negro que no son cromáticos, es el primer color mencionado en la Biblia (Génesis, 1: 11-12).

Así que los ecuatorianos viven en el Paraíso terrenal que no es perdido... Dios no expulsa a nadie de este paraíso donde hay tantos problemas: él mismo lo abandona en la mencionada novela de N. Estupiñán Bass, alejándose en una canoa al océano por el río contaminado de petróleo (este episodio se me antoja una actualización del mito de Wiracocha). Resulta que el paraíso ecuatoriano está profanado, por tanto, no debe ser llamado así, lo que se traduce en el rechazo del nombre “céntrico” del país por algunos intelectuales. De esa manera se concuerdan la aspiración al retorno a la autenticidad y el reconocimiento de su propia imperfección nacional, siendo las dos actitudes verdaderamente patrióticas.

Según Martin Heidegger, la diferencia entre dialectos no radica en recursos lingüísticos sólo:

En un dialecto hablan, ante todo, los distintos paisajes, o sea la Tierra. Pero la boca no sólo es un órgano especial que, al igual que el organismo se completa con el cuerpo, sino que el cuerpo y la boca se concuerdan en el ímpetu y desarrollo de la Tierra, y en ellos nos desarrollamos, los mortales, hallando un sedentarismo sólido gracias a ellos³¹.

Proyectado sobre la literatura, este planteamiento patentiza uno de los porqués de las distintas imaginerías nacionales de las literaturas que se desarrollan en una misma lengua. Así es cómo, en términos de K. White, la geopoética determina una cultura que está progresando en su autorreflexión.

BIBLIOGRAFÍA

Adoum, Jorge Enrique, (1975), *Informe personal sobre la situación*, Casa de las Américas, La Habana.

Ainsa, Fernando, (1986), *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*, Gredos, Madrid.

—, (2006), *Del topos al logos: Propuestas de geopoética*, Iberoamericana/Vervuert, Madrid/Frankfurt am Main.

Barrera Valverde, Alfonso, (1971), *Dos muertes en una vida*, Ed. de la Flor., Buenos Aires.

Bedregal, Yolanda, (1977), *Antología de la poesía boliviana*, Amigos del libro, La Paz, Cochabamba.

—, (1977), *Poemar*, Juventud, La Paz.

Benites Vinuesa, Leopoldo, (1950), *Ecuador: drama y paradoja*, Tierra Firme, México.

³¹ Martin Heidegger, *Unterwegs zur Sprache*, Pfullingen, 1965, p. 205.

- Carrera Andrade, Jorge**, (1976), *Obra poética completa*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito.
- Castrillo, Primo**, (1970), *Poesía es experiencia*, Ministerio de Educación, La Paz.
- Cerruto, Oscar**, (1935), *Aluvión de fuego*, Ercilla, Santiago de Chile.
- , (1973), *Estrella segregada*, Losada, Buenos Aires.
- , (1985), *Poesía*, Cultura Hispánica, Madrid.
- Díez de Medina, Fernando**, (1959), *Literatura boliviana*, Aguilar, Madrid.
- , (1974), *Nayjama: Introducción a la mitología andina*, Paraninfo, Madrid.
- Egüez, Iván**, (1982), *La Linares*, Casa de las Américas, La Habana.
- Estupiñán Bass, Nelson**, (1981), *Bajo el cielo nublado*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito.
- Francovich, Guillermo**, (1980), *Los mitos profundos de Bolivia*, La Paz; Cochabamba.
- Heidegger, Martin**, (1965), *Unterwegs zur Sprache*, Neske, Pfullingen.
- Jaramillo Alvarado, Pío**, (1954), *El indio ecuatoriano*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito.
- , (1958), *La nación quiteña: Perfil biográfico de una cultura*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito.
- Mendoza, Jaime**, (1978), *El Macizo Boliviano*, Puerta del Sol, La Paz.
- Miranda Luizaga, Jorge**, (1995), “Cosmología y numerología andina: una interpretación del génesis arcaico andino” en *Memorias del VI Congreso de la FIEALC. Foro 3: Pensamiento ibero y latinoamericano: su percepción en la Europa no-ibera y perspectivas*, CESLA, Warszawa, pp. 66-71.
- Mitre, Eduardo**, (1988), *El peregrino y la ausencia*, Cultura Hispánica, Madrid.
- Moreno, Julio Enrique**, (1985), *Pensamiento filosófico social*, Corporación Editora Nacional, Quito.
- Revista Iberoamericana*, (1986), No. 134, Letras Bolivianas y Cultura Nacional.
- Suárez, Gastón**, (1974), *Mallko*, Bosco, La Paz.
- Tamayo, Franz**, (1986), *La Prometheida o Las Océánides*, Juventud, La Paz.
- Terán, Enrique**, (1940), *El Cojo Navarrete*, Talleres Gráficos “Americana”, Quito.
- White, Kenneth**, (1994), *Le Plateau de l’Albatros: Introduction à la géopoétique*, Grasset, Paris.